

Cervantes no llegó á ver impresa su última obra, pero sí terminada y corregida y revisada y limada por él con tanto amor como ningún otro libro suyo. Aquí, en este libro injustamente olvidado, es donde realizó aquella promesa suya del *Viaje del Parnaso*, en que ofrecía

cantar con voz tan entonada y viva
que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPÍTULO LIX

LA ÚLTIMA ENFERMEDAD.—EL CORAZÓN Y EL CEREBRO

En los primeros meses del año 1616 el viejo hidalgo volvió á Esquivias, donde se hallaba su mujer doña Catalina de Palacios. Recio le apretaba á ratos su mal, no tanto que agotase su heroica paciencia. En trances tan fieros y apremiantes se había visto desde muy joven que ni los dolores le sobrecogían ni las esperanzas le desamparaban. En ocasiones, cuando aquella intolerable é insaciable sed de los hidrópicos le acometía, necesitaba recurrir á toda su acumulada resignación de tantos y tantos años para no desesperar por completo. Luchaba el cerebro siempre joven y alegre con el corazón viejo y entristecido, y no vaya á creerse que esta lucha es una metáfora puesta aquí por el autor, sin que la confirmen el diagnóstico y dictamen de un ilustre profesor de Medicina, el doctor Gómez Ocaña, que con tanta lógica ha estudiado y expuesto la *historia clínica de Cervantes*. Sus sabias palabras no pueden faltar al término de ninguna honrada biografía de Cervantes.

«¿Por qué enfermó del corazón el *escritor alegre*?—dice el doctor Gómez Ocaña.—Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece, en lo interno, altruista como no lo hubo ni lo hay, á no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tan grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.

»Las prendas intelectuales y morales del príncipe de los In-

genios declaran su temperamento nervioso cerebral. De la robustez de Miguel dan testimonio sus trabajos y fatigas, siempre llevados con buen semblante, la falta de antecedentes patológicos y la edad que alcanzó, sesenta y ocho años muy cumplidos y muy vividos. Su héroe Don Quijote, también da fe con su robustez de la del autor.

„Mas si pudo Cervantes vencer en los mil peligros que amenazaban su vida, no logró hurtar el cuerpo á la vejez y esta hizo mella, no en el cerebro, de hermosa y sólida textura, sino en los vasos y en el corazón, de fábrica más endeble. *Arterio-esclerosis* se llama técnicamente esta vejez del aparato circulatorio, de la cual derivan multitud de enfermedades del mismo corazón y de otros órganos, que todos al cabo se resienten.

„De principio larvado, insidiosa, multiforme y crónica, la arterio-esclerosis era desconocida como tal enfermedad en los tiempos de Cervantes y aún hoy se diagnostica muchas veces tarde, cuando se encuentran lesionadas las principales entrañas.

„No apunto ni en pro ni en contra de mi hipótesis la falta de síntomas cardíacos en la historia de Cervantes. Lo que si alego en pro de la cardiopatía son las alternativas del ánimo, tan pronto propicio á la esperanza como desmayado...”

Estas profundas palabras cierran toda discusión sobre la enfermedad del viejo hidalgo. La hidropesía, que los médicos de entonces consideraban como una enfermedad, no era más que un síntoma. El daño estaba en el corazón y todo cuanto acabamos de relatar lo explica perfectamente. Llevan el corazón y el cerebro á los demás órganos la ventaja de que no necesitan, en circunstancias normales, más alimento que el reposo y este no se consigue sin el equilibrio entre lo que dan y lo que reciben. El constante eretismo, la infatigable actividad del cerebro de Cervantes, cuando no fueran suficientes á recompensarlos la fama que Miguel logró desde la publicación del *Quijote* y hasta las mordidas y los arañazos de los envidiosos, que al hombre de temple superior le saben á lo que son, á involuntarias alabanzas, se hallaban pagados con la propia satisfacción, con la seguridad, por Cervantes cien veces manifiesta, de que sus obras habían

de pasar á la posteridad entre el respeto y con el aplauso universales.

Esto tiene de bueno el oficio de escritor, entre tantas partes malas, que quien le escoge, en su propio trabajo halla la remuneración, si no le dan otra y se va al otro mundo con la tranquilidad de haber hecho algo memorable, dulce y sabroso engaño que nos hace arrastrar la vida y la faena como las ojitapadas mulas de noria, que no saben si están trabajando para la inmortalidad ó para regar unas matas de berzas y lechugas.

La enorme resonancia del *Quijote* y la conocida popularidad de Cervantes fueron suficientes, sin duda, á dejar su cerebro equilibrado y buena prueba de ello es el afán con que, á dos pasos del sepulcro, habla de sus obras en proyecto. Para la intelectualidad de Cervantes, no habían existido los desengaños ni las desilusiones. Trabajo le había costado arrancar de su mente algunas ilusiones, como la del teatro. Su tácita y jamás confesada lucha con Lope había concluído en acatamiento y sumisión, con más ó menos reservas. Su cerebro estaba bien alimentado, porque reposaba, como reposa únicamente el cerebro, según los más ilustres fisiólogos, es decir, cambiando de operación y de dirección, proyectando nuevas y distintas obras: el *Bernardo*, las *Semanas del jardín* y hasta la segunda parte de *La Galatea*, de la cual hablaba el anciano creador con la infantil complacencia del sesentón que encuentra en un arcaz viejo los bizarros atavíos amorosos ó marciales de sus veinte años y se los prueba y halla que ni el talle, ni la presencia y apostura de su ancianidad desmerecen de sus gallardías de mozo, ni tal vez parezca mal, en sonada ocasión, arrear con las gallardas prendas que no han perdido la gracia ni la hechura.

Entero, sano, fresco, juvenil, se conservó hasta los últimos días de su existencia el cerebro de Miguel, como su pluma elocuente y conmovedora hasta el postrer instante, la cual después de recibida la extremaunción y de aparejada el alma para el viaje postremo, sabía decir cuanto quería y dejaba transparentarse más claro y más sincero que nunca el pensar que la guiaba.

Pero si el cerebro estaba satisfecho y nutrido, no así el corazón, cuyo alimento son el amor y la alegría. Las mayores alegrías

y los únicos disfrutes y goces de Miguel en la vida fueron los intelectuales. Sus obras todas declaran que tenía mucho más de sentimental que de sensual. No menospreciaba la carne, como los místicos y los ascéticos contemporáneos suyos, ni el negro humor con que el beato Juan de Avila entintó los corazones y embarró la sangre, despertando el amor á la putrefacción y á la muerte antes que el macabro Valdés Leal lo glorificara en sus cuadros, se comunicó al espíritu de Miguel: pero tampoco amó exclusivamente á la carne con la epicúrea sensualidad que rebosa en las gentilezas de Baltasar del Alcázar y de algunos otros admirables ingenios (por desgracia pocos), á quienes debemos el que la alegría española no haya perecido achicharrada en un auto de fe ó estoqueada por un marido celoso de los de Calderón.

En ningún otro autor encontramos como en Cervantes el arte supremo, humano de conciliar el atractivo del deleite con el encanto de la honestidad en las cosas al amor atañaderas. Ni el mismo Lope, doctor en amorosas ciencias, ha igualado á Cervantes en esta suprema y sublime delicadeza que le ha valido un trono en el corazón de las mujeres capaces de comprender á Epicuro y de amar á Platón, las cuales son muchas más de lo que cuatro infelices piensan. Pudo ser y no fué Cervantes el más fino amador de su tiempo y, si analizamos bien la causa de sus reconcomios con Lope, tal vez hallemos que no es enteramente ni puramente literaria. No: Cervantes veía y todo el mundo sabía que Lope era amado por mujeres de todas las trazas y calidades, que Lope no hubiera podido crear un cúmulo y tropel tan inmenso de pasiones desenfrenadas como el que dió vida á su teatro si no se hubiese hallado, cual se halló él mismo, en lo más ardiente y fragoroso del torbellino que al mundo arrebató y en el cual, unos con pareja y otros sin ella, unos locos, otros tontos, estos mancos, cojos aquellos y todos ciegos, vamos envueltos sin saber á dónde, unos gozando, como Lope, otros padeciendo como Cervantes, sin llegar nunca al goce anhelado.

Podéis asegurarlo, podéis creerlo: en el fondo de su alma Cervantes envidió á Lope sus amores y sus amoríos, el imperio y su gestión que por su persona, más aún que por sus escritos, ejercía

en las mujeres. Este era un modo de fecundidad que á Miguel le pareció siempre envidiable y por no haber llegado á conseguirlo fué el Ingenioso hidalgo infeliz en amores toda su vida. ¿Pensáis que no encierra algún misterio encantador la circunstancia de que Don Quijote no hubiera visto sino una ó dos veces á Dulcinea y jamás con ella hubiese cruzado palabra? Cervantes había llegado á Platón sin pasar por Epicuro y esta fué una de las grandes amarguras de su vida.

Sus amores de Portugal, su pasión por Ana Franca fueron mezquino y menguado alimento para una hambre de amor tan violenta y fuerte, por lo mismo que no era carnal ni había de apagarse ó disminuirse al huir la juventud. Y, bien mirado, no es difícil reconocer, por mucha tristeza que el declararlo nos cause, que á Cervantes nadie le quiso de veras, con la intensidad y la solicitud que él se merecía. Sólo su hermana doña Andrea, la generosa en amores, fué capaz de concederle aquella estimación constante, honda y diaria que el genio necesita para vivir á gusto, como necesitan las perlas el tibio roce de la carne femenil ó el regalo y blandura del terciopelo y la dulce presión de los algodones del estuche; pero doña Andrea estuvo toda su vida atareada en las más diversas ocupaciones, tuvo tres maridos, no pudo atender á su hermano con el esmero y la continuidad indispensables.

¿Y doña Catalina de Salazar? No la echemos enteramente la culpa. Reconozcamos los hechos y en la fuerza que ellos tienen basaremos una inducción suficiente á explicarlo todo. Un gran poeta desconocido llega, no á últimos del siglo XVI, sino hoy, á principios del siglo XX, á un pueblo como Esquivias, en la Sagra de Toledo ó en la Mancha ó en la Alcarria ó en la tierra de Campos: además de poeta es soldado y está inútil para seguir siéndolo. El amor habla á los oídos de una moza recatada y pudiente del lugar. La moza le escucha, se casa con el poeta, llega á amarle, más por sus buenos hechos y sus dulces palabras que por sus poesías, que ni entonces ni ahora dan á nadie para vivir. Luego, después del amor, está la vida y la vida, inexorable, dura, fuerza á los dos amantes, ya casados, á una triste y necesaria separación, en la cual se consume y disuelve la juventud de ambos. La esposa, no

por serlo de un genio, es también una mujer genial: harto hay con que sea, como lo fué doña Catalina, fiel y casta. ¿Quién es aquí el engañado? ¿Quién el que tiene derecho á quejarse? Con toda justicia, ni el uno ni el otro. El amor ha prendido su fuego en los dos corazones, pero la ausencia larguísima ha acabado por extinguir la llama. Y como no ha habido amor, no ha habido constancia en mantenerle, tarde y con daño ha venido la estimación: pues todavía el amor puede renacer atizando fuertemente los rescoldos que de la lumbre quedaran, pero ese calor viejo, sostenido, cotidiano, que estimación suele llamarse, no hay manera de improvisarle, ni de encenderle, como que nace del cuidado, de la previsión, de la solicitud y ahinco en que el hogar siga ardiendo, en que la puerta no se abra, ni la ventana se entorne, en que el ambiente se conserve cálido en el aposentillo, y para tener todas estas nimias atenciones no puede servir una mujer que ha pasado veinte años sola consigo misma en un pueblo triste, en un gran caserón desnudo.

Paseándose por las destartadas salas ó sentado en el poyo de la puerta, el viejo hidalgo considera esto, que ha truncado y entristecido su vida, y la contempla como en panorama y reconoce, no un error, pues él no tiene la culpa, ni su mujer tampoco, sino su mala estrella. El intelecto está sano, fuerte, pronto á la producción, apercebido para la obra fecunda. El mismo lo ha dicho recientemente:

Tieso estoy de cerebro por ahora...

Pero el corazón está enfermo, achacoso, descaecido, como esos hombres, tantos y tantos que por todos los pueblos de España se ven y en Esquivias, aun siendo lugar rico se verían... como esos hombres digo que llegan á viejos con el cuerpo hecho una hoz de tanto encorvarse encima de la mancera y de tanto patalear las besanas y que nunca han conocido la hartura, ni aun siquiera el alimento necesario y correspondiente á tan rudo y continuo bregar con la tierra y que ya sólo desean hacer un hoyo, echarse en él y atracarse de tierra eternamente.

El corazón de Miguel ha trabajado con exceso, en medio de

las escaseces de Valladolid, de Madrid y de Sevilla, cuando niño: después en la campaña de Lepanto, en la de la Goleta, en los inútiles afanes y borrascas por socorrerla: más adelante en los horrores y peligros del cautiverio. Allí, el personal heroísmo de Miguel, tantas veces puesto á prueba, ha ensanchado su corazón, quizás le ha hipertrofiado. Cada peligro de estos es un trastorno nervioso enorme, cada trastorno nervioso un desarreglo circulatorio. El descanso, el alimento á un corazón tan fatigado han sido al volver á la patria, unos breves amores, unos pequeños triunfos de la vanidad. Luego la necesidad de la lucha se impuso de nuevo y en aquellos veinte años de malandanzas y aventuras por los pueblos, caminos, ventas y mesones de Andalucía ¿qué era lo que el errante Miguel podía dar como pasto á su corazón? Ni los prosaicos menesteres en que andaba metido servían sino para achicarle y engurruiñirle, ni las esperanzas de que nunca estuvo falto eran bastantes para mantenerle. Las comisiones para saca de trigos y aceites, la cobranza de alcabalas y rentas, los apuros, angustias y escaseces pasados en Sevilla, las exigencias y amenazas de los contadores, las dos estancias en la cárcel y luego la traslación á Valladolid, el proceso de Ezpeleta, la frialdad y hosquedad de la Corte y por fin la desavenencia con su hija, á la cual debía de tener tan hondo y arraigado cariño, las malicias del dinero, que agría los caracteres y disuelve los amores y las amistades, toda esta sucesión de desazones, intranquilidades y zozobras no podían ménos de golpear en aquel corazón que indomable parecía hasta gastarle, anonadarle y aniquilarle. El cerebro había peleado con denuedo, pero siempre había salido vencedor: el corazón estaba vencido, jadeante, lleno de heridas profundas que habían abierto las añejas cicatrices: y, como consecuencia de la fatiga del corazón, los labios, el paladar y la garganta del doliente hidalgo tenían sed.

Paseando por las haldefueras de Esquivias, llegaba el viejo con algún amigo ó pariente del lugar á la fuente de Ombidales, cercana á unas tierras de su mujer. Sentábase en una peña y de vez en cuando remojaba las fauces en el agua corriente. El manso manantial cantaba contando su perenne, su indescifrable historia,

de las entrañas de la tierra salida. Por allí cerca, las alegres cogujadas andaban á saltitos, meneando graciosamente la cabeza coronada por un moñito picudo; picudo era también su canto agudillo: To-to-ví-i....! Más lejos, entre las cepas, las perdices, ya desde febrero enceladas, diseñaban su cacareo, parecido al caliente arrullo de una poderosa y morena contralto y los machos bravíos contestaban desafiándose de loma á loma:—Ssi-ssi-ssi—y enviando al final un beso apasionado á las hembras, locas de su cuerpo. Los croajantes grajos habían huido en bandales sueltos de los exhaustos olivares y en ellos comenzaba á refugiarse el cuco y tal vez en las tardes soleadas lanzaba su primer llamamiento á la alegría primaveral, aún roncera..... El viejo poeta pensaba que la fuente, las cogujadas, las perdices y el cuco eran quienes tenían razón, toda la razón, la suprema razón de la vida.

Sólo el amor merecía la pena: *amor* solamente decía en todas sus frases el cantar imperecedero de la fuente, cual si esta palabra y este sentimiento manasen del hondón de la tierra, como el agua mansa, sin que nadie sepa de dónde ni por qué viene. El cuco y las perdices, las cogujadas y la fuente con sus amables voces le daban al poeta el mayor desengaño que hasta entonces había sufrido. ¡Tantos años de oír los ruidos y los cantos de la Naturaleza y no haber caído en la cuenta hasta que ya no había remedio! Y el viejo hidalgo sentía en su corazón enfermo las palpitaciones juveniles y en sus labios reseco y áridos la sed robusta que le anunciaban la primavera cercana: y tenía miedo de la primavera que nunca le fué benigna como el otoño.

Para no encontrarse con la primavera en medio del campo, volvió á Madrid, á sumirse en su antigua y lóbrega posada y en el camino le sucedió... pero no profanemos este recuerdo sacrosanto, que él mismo contó con su alada pluma. Lo mejor será copiar sus palabras de oro, conocidas de todo buen español, jamás inoportunas y menos en este lugar.

“Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venía picando con gran priesa uno que

al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla; llegando a nosotros dijo: ¿vuestas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá esta su Ilustrísima de Toledo y su Majestad ni mas ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: el rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetio a mí y acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo: sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas y así abrazándole por el cuello, donde le eché a perder de todo punto la valona, le dije: ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced; vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.—Eso me han dicho muchos, respondi yo, pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides

de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuestra merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en estollegamos a la puente de Toledo y yo entré porella, y el se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escucharlo. Tornéle á abrazar, y volvióseme a ofrecer: picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habría dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

CAPÍTULO LX

EL ÚLTIMO PROTECTOR.—CÓMO MURIÓ CERVANTES

El arzobispo de Toledo, Don Bernardo II de Sandoval y Rojas se hallaba á primeros de marzo en la dehesa de Buenavista, huyendo la incomodidad y el desamparo de los fríos inmensos salones del Palacio arzobispal. Buenavista, hermosa casa de placer que se alza en una ladera sobre la derecha orilla del Tajo es, como su nombre declara, un lugar de bellas y apacibles perspectivas. Allí el río padre, después de haber abrazado amorosamente á la ciudad misteriosa, corre dilatado; ufano y músico, relata sus secretos á quien sabe oírlos. Al mismo lado de Buenavista, apoyados los muros en la margen del río y envuelto entre las frondas plateadas de los álamos blancos y entre el obscuro follaje de los álamos negros, el edificio que aún se llama *Los Lavaderos de Rojas*, muestra el término habitual que á sus paseos daba el arzobispo Don Bernardo, en las tardes marceras, en que es menester buscar el abrigo de los árboles y el regalo y sosiego de las frondas, donde el aire quiebra un poco y tañe en las ramas prodigiosas sinfonías. Desde aquel sitio el sol hiere de través los cerros negrizos de San Bernardo en donde las ôlivas se retrepan; á la izquierda, en los cigarrales famosos, los albaricoques y los almendros, las olivillas y los parronesy algun forastero nopal que vive en el regazo de una tapia, se despiden del sol fugitivo que río adelante camina y las casillas blancas cigarraleras le dirigen una sonrisa bonachona: más á la izquierda, la noble ciudad, gloria de España, asentada en su pedestal de roca viva, reluce como una joya de la tierra y hacia su centro, entre los centelleos de los